

DISCURSO

DE MR. EL ABATE

DE LATOURDUPIN,

para su recepcion en la Academia Real
de las Ciencias y Bellas-Letras
de Nancy.

SEÑORES:

Todos los talentos pertenecen á la Real Academia de Nancy. Un rey filósofo, orador y escritor todo á un tiempo, parece que la ha comunicado toda clase de ingenios, de quienes él mismo es el modelo. Solo con reconocer los nombres escritos en vuestros anales, se podrán conocer todos los caractéres del espíritu de que es susceptible vuestra sociedad. Ella es una madre fecunda que encierra en su seno todas las riquezas.

Vuestro fundador, no determinó el número de los que podian aspirar á vuestros honores, porque siempre es el mérito un justo título para pedirles, y casi nunca dexa de ser un fundado derecho para obtenerles.... Los hom-

hombres que se aplican á defender las incontrastables verdades de la Religion, y los que se exercitan en penetrar los misterios que aun todavía se desconocen en la naturaleza, son muy propios de vuestros trabajos. Vosotros no os deteneis en recibir igualmente á unos que á otros, porque si los primeros son preciosos para la Iglesia, son útiles los últimos para la sociedad. El ingenio que crea las artes, y el gusto que las perfecciona, pueden tambien pretender la lisonjera ventaja de participar de vuestra reputacion. Vosotros admitis con el propio zelo al talento de la poesia que al de la eloqüencia. El exácto géometra, el teólogo profundo, el crítico juicioso, el curioso disertador, el historiador fiel (1), el entendimiento político y negociador, el magistrado á quien el discernimiento del príncipe confia el importante encargo de representarle en las ciudades y provincias (2), y ser el depositario y defensor de las leyes (3), el ingenio militar, y aquel, en fin, que influye en la paz, se unen, aunque por diversos caminos, para consagrar á la inmortalidad tanto vuestros nombres quanto vuestra gloria. Esta, pues, es la que me tiene asombrado con sus brillos, y casi se me hace temible á vista del augusto santuario, cuya

Tom. IV.

R

en-

(1) El caballero de Salignac, Secretario perpetuo de la Academia, é Historiografo de Lorena.

(2) Mr. de la Galaisiere, Intendente de la Generalidad, Director.

(3) Mr. Thibaud, Procurador general de la Cámara, Vice-Director.

entrada os dignais franquearme en este dia. Si, señores, estoy para decir, que es esta la primera vez que habeis derogado la sabia ley que os debe manifestar el mérito, á no ser que atribuya al ministerio que exerzo una eleccion que tanto me lisongea, y que conozco muy bien no se halla mérito en mí para obtenerla. Tal vez será esta eleccion un motivo de emulacion para aquellos que consagran sus talentos al propio ministerio que yo. Proclamada por dos veces en un solo dia (1) la eloqüencia del púlpito, recibirá por vosotros un nuevo lustre en un tiempo en que se quejan de lo mucho que insensiblemente degenera de aquellos inimitables modelos que produjo el siglo de Luis el Grande.

Permitidme, señores, que estas apreciables quejas sean el asunto de las reflexiones con que os manifieste mi reconocimiento. Es verdad que con la muerte de Bourdaloue, Massillon y Suriano, expiró tambien aquella sana eloqüencia que hablaba vigorosamente á la razon, y sabia interesar al corazon por el sentimiento. Mas sin embargo, ¿será acaso justo entregarse á aquella preocupacion desdeñosa, que no advierte ya en los oradores christianos sino miserables declamadores, aplicados á convinar la ciencia de las palabras, y á no reparar en perderse en un caos de ideas informes?

A vosotros, pues, os toca juzgar, si esas terribles acusaciones se fundan en una causa

(1) Mr. Torne, Canónigo de Orleans, y Predicador del Rey de Polonia, Duque de Lorena y de Bar.

legítima. Solo la voz de la equidad os hará ver, que ya teneis en el dia en vuestra respetable sociedad unos oradores á quienes en el mas sabio siglo de la Francia no se hubieran avergonzado de tener por rivales los ámbrosios de la eloqüencia sagrada. Los superiores talentos que poseeis no tienen absolutamente por que temer las imputaciones de la censura.

Al oír esta censura, ó por mejor decir declamacion, será menester confesar, que el arte de la invencion que distingue á los modelos de la eloqüencia, está hoy casi enteramente ignorado en el púlpito. Podríamos decir, que no contaba ya ningun ingenio creador, y que todo tomaba ahora la tintura de una servil imitacion: que ya no se piensa sino á costa de los demas; no se enriquece nadie sino con sus riquezas, y que muchas veces se le desfigura con una ostentacion de palabras forzadas, capaces de hacer desaparecer á la belleza misma. Estas, pues, son las quejas y los motivos que tienen para darlas. Si estos estuvieran fundados serian razonables aquellas.

En efecto, hay eloqüencia sagrada y profana. Una y otra deben al ingenio su primer esplendor, y á este el rápido vuelo ácia la perfeccion; pero contenidas ambas dentro de los límites de la imitacion, degeneran, se envilecen y se arruinan. Si los inmortales oradores de la Grécia y Roma no hubieran rotos los límites prefixados por aquellos que les habian precedido, estarían sus nombres sepultados en el olvido, y no exigirían con sus obras la admiracion de los sabios y el respeto de to-

dos los siglos. Demóstenes, no hubiera podido, llevado del ardor de su ingenio, producir aquellos maravillosos golpes que mudaron á un pueblo tímido en un pueblo heroyco. Ciceron, no hubiera podido tampoco reunir la magestad y delicadeza de las expresiones, la variedad y riqueza de los conceptos, el hilo didáctico del razonamiento ni el noble atrevimiento del entusiasmo. En una palabra, le hubiera sido imposible apaciguar la tempestad de que estaba amenazada Roma. Triunfando Catilina hubiera sido tal vez destruido César; y perdiendo á este, hubiera hecho acaso perder á Roma el imperio del Mundo.

O Religion christiana! Tú eres la única que no necesitas valerte de los socorros de la eloqüencia para perpetuar tus victorias. Tú te bastas á tí misma. Pero ¿que reputacion ni que sucesos podran esperar tus apóstoles quando cifran sus talentos al leve cuidado de reproducir solo las ideas de que se han valido ya otros oradores?

La eloqüencia christiana debe variar sus pinturas y acomodarlas á las costumbres, á las circunstancias y á los tiempos. Nosotros no somos exáctamente lo que fueron nuestros padres; y aunque es cierto que los hombres son unos mismos en todos tiempos, llegan algunos en que es menester valerse de otros colores para hacer sus retratos: luego el entendimiento que no hace mas que imitar, no conoce suficientemente estas diferencias esenciales, ni menos las posee. Así que, solo al ingenio creador y reflexivo, es á quien abre la

Religion un campo dilatado y donde apoyado sobre alas sólidas pueda tomar un atrevido vuelo, concebir un proyecto admirable, ejecutarle con el fuego que comunica, probar y persuadir, razonar y convencer, censurar, confundir, amaestrar los entendimientos, y cautivar y mudar los corazones.

Si los Bourdaloues y los Massillones no hubieran sabido hacer otra cosa que imitar segun á ellos se les imita, ¿cómo era posible que hubieran llegado á ser lo que fueron? Bourdaloue fué sublime y convencedor, sencillo y magestuoso, haciendo siempre hablar á la Religion un language propio de ella: fué un hombre que forzaba al entendimiento rebelde hasta en sus últimos retrinchamientos, y no dexaba al vicio confundido sino el recurso de arrepentirse ó aterrarse: no señores, no hubiera esté único orador empuñado el cetro en el imperio de la eloqüencia christiana; sino se hubiese abierto un camino desconocido hasta entonces de aquellos que habian seguido la misma carrera.

Massillon confesó, que si hubiera entrado en algun tiempo en el ministerio evangélico, no hubiera seguido ni aun el camino de los maestros á quienes admiraba. Sin embargo, que eloqüencia mas singular ni mas nueva que la de Massillon! El solo imitaba á la naturaleza. Siempre era ingenioso, pero sin afectacion: algunas veces sublime, pero sin hinchazon: ajustado en sus manifiestos, feliz en sus aplicaciones, fiel en sus retratos, moderado hasta en el acaloramiento: pintor incom-

parable del corazón que explicaba el Evangelio para instrucción del christiano y hacia verlo que era el hombre para corregir al hombre mismo. Estos oráculos de la eloquencia christiana, pueden y deben ser consultados por todos aquellos que se dediquen al ministerio de la predicación evangélica. Pero nadie se debe aprovechar de sus trabajos, sino con aquel delicado discernimiento que les hace deudores de la superioridad que tienen sobre ellos los que les sirven de modelos. O hablando más propriamente, el ingenio no conoce mas guía que la del ingenio. Le incomoda andar por el camino que otros han abierto. Puesto en esta carrera, el entendimiento, que es un imitador servil, acorta por decirlo así, la extensión de su capacidad. ¿Quién es el talento que se emplea en juntar y colocar en un solo discurso las ideas de muchos autores? Un talento medio quando más. La mano de un consumado maestro se desconoce en el mas precioso conjunto de una obra, en que nunca se descubre el verdadero espíritu del autor.

Pongamos á estos hombres incapaces de crear los pensamientos que intentan dar á conocer; pongámoslos, digo, en la precision de manejar asuntos nuevos y admirables. Supongamos tambien, que en un discurso christiano ó profano, tienen que dar á conocer á un rey que se parece en algo á Luis el Grande, sin embargo de que en las mas de las cosas solo es semejante á sí mismo... ¿Que socorros hallarán en este caso en la imitacion para acabar su

su retrato? Si se valen de pinturas generales, anunciarán á un principe superior á sus sucesos y á sus desgracias; grande por su valor y aun mucho mas por su Religion; protector de los talentos y padre de los infelices; querido y digno de ser amado... Pero ¿reconocerán la Europa y el Universo al Héroe que se les quiere pintar con este ligero bosquejo? ¿No querrán desde luego que se les presente colocado sobre el trono por la elección de un pueblo libre, cuyos corazones se habia grangeado por sus virtudes, y de quien mereció infinitas alabanzas por su eloquencia, y experimentó la defensa de sus derechos por sus victorias? Quisieran que fuese amigo de un Monarca, cuya vida fué la de un conquistador, y cuya muerte la de un Héroe (r). Desearian que se les describiesen aquellas asombrosas revoluciones que variaron tantas veces su suerte sin mudar jamas su corazón. Pero ¿quien podrá seguir esta encadenacion de acontecimientos, en que sucesivamente colocó la Providencia á aquel principe? Principe siempre superior á los contratiempos, y cuya grande alma después de haber admirado al Tártaro y encantado al Musulman, se vino á descubrir toda entera entré una nacion que dexaba casi de sentir la pérdida de sus antiguos señores al considerar la felicidad que la atrata lo que nuevamente habia adquirido. Quanto mas facil es para la gratitud conocer todo el precio de esta felicidad, otro tanto mas dificultoso es

(r) Carlos XII. Rey de Suecia.

para la eloquencia delinear su imagen. Los oradores que se detienen solo en el limitado trabajo de la imitacion, pueden producirse del mismo modo que lo hace el Monarca con sus propias obras, y con este norte y augusta guia serán sólidos, ingeniosos, profundos é interesantes. Pero ¿les será tan facil ordenar el compendio de sus beneficios, como hacer la análisis de sus escritos? ¿No es preciso que tenga alguna centella del ingenio que le anima para dar, como él, un movimiento desconocido á las rocas, un nuevo curso á los rios, un nuevo ser á las artes, maestros y lecciones á las ciencias, apóstoles y exemplos á la Religion, toda especie de socorro á toda clase de miseria, y que extienda en sus tranquilos y florecientes estados el gusto, la emulacion, la virtud y la vida? El espíritu de imitacion debe, pues, confesar en estos casos su insuficiencia. Para pintar á un *Alexandro*, es menester un *Apeles*.

No dexamos de conocer, señores, que aquel entendimiento que solamente se ocupa en recoger lo que han dicho y pensado los demas, manifesta una esterilidad perjudicial, tanto á la eloquencia del púlpito, quanto á todas las demas ciencias y artes. Pero ¿tenemos acaso motivo en nuestros dias para quejarnos de esta esterilidad? No por cierto: aun en el dia hay oradores christianos á quienes no se detendrá la posteridad ponerles en paralelo con los admirables hombres que embidamos en el siglo de Condé, de Turena, de Luxemburgo y de Villars. Eloquencia rápida,
flo-

florecente y profunda, tan rica en imágenes como en razonamientos, que nos muestra en uno solo el ingenio de muchos grandes hombres. Otros se distinguen tanto por el feliz acierto con que unen en sus discursos el lenguaje de las sagradas Escrituras con el suyo propio, quanto por el arte ingenioso con que reducen los preceptos á máximas, unen los razonamientos á las pinturas y vuelven las verdades en sentimientos. Y aun quando la imitacion mas fiel fuese hoy en dia el vicio dominante de la eloquencia sagrada, ¿realizaría este las sospechas que se tienen, de que llegará muy pronto á su total decadencia? Ah! En caso de que esta se deba temer, no estarán tan expuestos á ella los oradores, que aprovechándose de las riquezas de otro descubran su propia miseria, como aquellos á quienes un vano empeño de espíritu les hace desconocidos á la penetracion de los que intentan instruir. Los primeros pueden á lo menos ser sólidos: los segundos únicamente son superficiales. Aquellos forman el ánimo de enseñar: estos no saben mas que confundir. A los unos solo se les puede tachar de que no manifiestan su ingenio: á los otros se les puede tener por delito abusar de su ingenio, haciendo de él una inutil ostentacion.

En efecto, ¿que abuso tan grande es introducir en el género de eloquencia mas propia para descubrir las grandes ideas, aquella figura de enigmáticos pensamientos que aun apenas disimula el delicado gusto en aquellas fútiles y despreciables obras destinadas para

para divertir la ociosidad! ¡Que abuso el de emplear para defender la verdad los pueriles ornatos con que se deleyta una ligera pluma en buscar ingeniosas ficciones! Los encantos del language y la realidad de las figuras, no son para la eloqüencia sagrada bellezas extrañas. Semejante á la pintura, permite que se anime el quadro con la sabia distribucion de la luz y de las sombras. Pero estos acertados toques, cuya execucion desempeñará una diestra mano con inteligencia, si se dan sin discernimiento, es manifestar el poco entendimiento que hay, al paso que se pretende ostentarle. Y ¿de que sirven para la instruccion de los pueblos la reforma de las costumbres, la extirpacion del vicio y la seguridad de la virtud? ¿de que sirven todos esos ardeos buscados á tanta costa, esas expresiones medidas con tanto rigor, esa sutil finura que solo produce un vano deleyte, y esas frases poco luminosas, aunque ilusorias, que admirados de verlas reunidas en una encadenacion de palabras, parece que contienen pensamientos quando solo ofrecen errores? ¡Miserables rasgos de una penosa aplicacion, que se empeña con esfuerzo en agotar todos sus recursos para asegurarse el entusiasmo de la sorpresa, no dexando á la madurez de la reflexion, sino ensayos de ideas, imágenes obscuras, un impenetrable conocimiento de palabras inútiles, un nada!

¿Adoptareis vosotros esta especie de eloqüencia que á fuerza de quererlo sujetar todo á las combinadas reglas del entendimiento,

no

no conoce muchas veces mas que la sombra? La adoptaríais en aquellos discursos justamente aplaudidos con que pagais á Estanislao el tributo de vuestra admiracion y reconocimiento? Nada menos que eso: el templo de las musas, donde vosotros velais por la gloria de las letras, jamás se abrió á aquellas lenguas funestas, que por desgracia son muy capaces para acarrear la ruina del gusto y de la eloqüencia.

Ese falso brillo de una piedra con que se puede imitar al diamante sin tener su valor; ese aparente fausto de una engañosa opulencia que oculta su miseria; esa multitud de figuras, y no de pensamientos; de expresiones y no de sentimientos; esa eloqüencia que intenta mas bien ser adivinada que entendida, no conseguirá jamás que el buen gusto, la sana filosofia y la reflexiva razon se envilezcan, no digo yo con aplaudirla, pero ni aun con tolerarla en un profano discurso. Ah! ¿no debe creerse mas desarreglado en un discurso christiano todo lo que en el profano se tiene por tal? ¡Que novedad causa ver, que se sirven de adornos frívolos para representar la augusta magestad de la Religion! ¡Que cosa tan disforme ver encubierta la sencillez evangélica con el transparente velo de un entendimiento que sutiliza con arte! ¡Que indecencia anunciar las severas máximas con un estilo en cuya ligereza estriban todas las gracias de un epigrama! ¡Que escándalo manifestar las luminosas verdades de un modo tan imperceptible, que solo se

des-

descubre en ellas la ambigüedad de un enigma!

¿Habla de este modo aquel consumado maestro de la eloqüencia christiana, cuya poderosa voz parecia que daba vida á los muertos que celebraba, y les arrancaba de sus sepulcros para hacerles temblar á vista de las terribles verdades que sabia colocar hasta en sus elogios? Bossuet, digo, de quien las fogosas insinuaciones, la rápida vehemencia, la profunda razon, las eficaces expresiones, los enérgicos pensamientos, las magestuosas imágenes y las fuertes y terribles pruebas, infundian en los espíritus el temor de los altos juicios, confundian la vanidad de los perecederos ídolos y aseguraban el trono de la Religion á costa de los despojos de todas las grandezas humanas. Muy lejos estaba de él la ingrata manía de acomodar su sublime inteligencia á estas pequeñeces del arte. Por lo mismo menospreciaba aquellas flores artificiosamente colocadas por la mano trabajadora, y las juzgaba indignas del augusto ministerio que exercia.

Este se deshonorra, tanto por la poquedad del entendimiento, como por los extravíos de la imaginacion. ¿Por que fatal desgracia se comunica en el dia con sus malignas influencias el contagio del *bello espíritu* hasta en la cátedra de la verdad? ¿Se puede decir, que ha venido á ser un titulo seguro para acreditar á algunos oradores, cuya rápida aunque poco durable reputacion sirve de mucho para adquirirles imitadores? La vista de sus sucesos vienen á ser para los discípulos jóve-

nes

nes una lisonjera tentacion que les lleva por los mismos caminos á los propios escollos. Los talentos de mayor reputacion se contentan, en medio de prometerse este noble desempeño, con encerrarse en los estrechos límites de algunas palabras simétricas, con cuyo falso brillo se prueba muchas veces, que los esfuerzos del entendimiento no están siempre de acuerdo con la solidez del juicio.

¿Como es posible que un mundo iluminado tribute sus elogios á estos pérfidos corruptores de la verdadera eloqüencia? Acuértese que al siglo de Tiberio se siguió el de Augusto; y que no teniendo ya Roma Cicerones, produjo desde luego el decaimiento del gusto la total extincion de la eloqüencia. Que flore aquellos tiempos, reflexione y se aproveche.... ¡Mas ah! desde luego podemos temer que la Francia christiana no es comparable por la eloqüencia y los talentos con la idólatra Roma.

Pero quando me quejo que el bello y falso espíritu prepara por sus menudas delicadezas la sensible degradacion de la eloqüencia christiana, no pretendo excluir la de las riquezas de una literatura tan enriquecida como instructiva. ¿Por que se ha de prohibir á los oradores sagrados sacar de los tesoros de la literatura la elegancia y las gracias que pueden hacer ver las verdades austéras de la Religion?

El mundo desea que á la instruccion se le junte el placer.... No siempre es la profunda sabiduría seguro garante del suceso en la eloqüen-

qüencia del púlpito. Desnuda de los adornos que agradan al gusto y al oído, rara vez interesa por solo la ciencia á aquellos que la admiran; y la mas bien razonada pintura de la Religion, es casi siempre inútil para la reforma de las costumbres, quando solo presenta objetos de especulacion.

¿Como ha de parecer bien en la cátedra de la verdad un hombre profundamente sepultado en el embarazoso laberinto de las questões teológicas? ¿Un hombre que llena la eloqüencia sagrada de intrincados argumentos y confusas distinciones, mas á propósito para echar á perder el entendimiento que para exercitarle? ¿Un hombre que en sus áridos discursos sigue con su fria é inanimada razon la espaciosa senda de los silogismos amontonados para dar á los divinos oráculos toda la fuerza de una demostracion invencible; y que á pesar de lo ajustado de los razonamientos mas persuasivos, no pueden producir efecto alguno sus metódicos y razonados discursos, si ignora el apreciable secreto de colocar oportunamente reflexiones juiciosas, máximas admirables, descripciones interesantes, imágenes grandes, un rápido ardor, y un patético modelo de los estados, sentimientos y costumbres? Estos, pues, imprimirán el respeto de la Religion, pero no persuadirán á la práctica. Las preocupaciones del espíritu podrán ceder, pero los vicios del corazon permanecerán: el ministerio especulativo y teológico tendrá siempre, no siendo orador, muy poco poder contra la tiranía de las pasiones.

Pe-

Pero observad por el contrario á un orador en el púlpito, que teniendo la misma ciencia se haya familiarizado su entendimiento con los asuntos sublimes, las figuras delicadas y las pintorescas expresiones de los oradores Griegos y Romanos: á un orador á quien haya comunicado el fuego de la poesia aquel calor procreador que da *colorido* á las palabras, *alma* á los pensamientos, y que tan pronto arrastra por la rapidez del estilo al modo que una impetuosa corriente, como imita por una magestuosa expresion el pausado movimiento de las aguas de un rio tranquilo: á un orador para quien sea la historia de los reyes y de los impérios una pintura, que teniéndola siempre presente, pueda descubrir en la sucesion de los cetros el inmutable orden de la Providencia: en las revoluciones de los estados, en las vicisitudes de la fortuna y de las victorias la inestabilidad de las cosas humanas: en los peligros y escollos de la política la debilidad de los resortes que hacen mover á los mortales para asegurar su poder y felicidad; y, en fin, á un orador rico por una parte á causa de los inmensos recursos de que su superior ingenio se sabe aprovechar ventajosamente, y por otra armado con las vencedoras señales que le suministra la Religion meditada y profundizada por él, como qualquier orador christiano lo debe hacer para lograr un poderoso ascendiente sobre el espíritu y el corazon de los hombres. Un orador de esta naturaleza, persuade si raciona; y si se instruye sabe aplicar

car lo que aprende. Si pinta interesa, si censura corrige, y si amenaza confunde. Seguro siempre de agradar, si junta el exemplo á los talentos, encanta, mueve y triunfa de quien le oye. Con lo dicho he manifestado qual debe ser el héroe de la eloqüencia sagrada. ¡Quiera Dios que nuestro siglo les vea multiplicarse á cada paso!

Flequier y Fenelon, son en la oratoria unos fenómenos que admiran, se sienten y casi se desconfia de que jamas revivan. Formado Flequier en la escuela de la Religion se nos presenta instruido, sólido y persuasivo: dotado de aquel juicio admirable que conoce á primera vista lo que es menester descubrir, y lo que no se necesita mas que indicar. Dice solo lo que es indispensable decir, y se detiene en quantas partes debe pararse la reflexión. Representa á los ilustres difuntos tales como vivieron, y como debieron vivir. Ensalza sus virtudes sin disimular sus flaquezas. Sus elogios son instructivos. Hábil para dar á conocer el carácter de los Santos, cuya gloria y mérito celebra, condena al mundo, que al paso que se impone la obligacion de honrar su memoria, no tiene ánimo para seguir sus exemplos. Pero ¿de que poderoso medio se valió Flequier para instruir, mover y agradar á un mismo tiempo? De aquel gusto exquisito que junta la ciencia de la Religion á los atractivos de la literatura. Esta es la union constantemente sostenida de aquella superior opulencia que forma de sus encantadores discursos un tejido de verdades otro tan

to mas admirables en quanto el language de las sagradas Escrituras recibe con ellas una nueva brillantez, ya por su mas suntuosa armonía, y ya por sus mas delicados pensamientos.

Siendo joven Fenelon, pero eloqüente, abrazó la carrera evangélica. Su primer vuelo no fué como el del tímido aguilucho: intentó elevarse hasta el cielo, y sorprendida la tierra de la magestad con que se daba á conocer, no tuvo dificultad en persuadirse de que su medio día correspondia con su aurora. ¡Que uncion y que fuerza! ¡Que fuego y que reflexión! En sus discursos están colocados con gusto la fe y la razon, el espíritu y el ingenio, la persuasion y el sentimiento. ¿Como, pues, poseyó Fenelon el don tan precioso y tan raro de maridar la brillantez de las expresiones con la solidez de la doctrina? Porque puso cuidado en añadir la incensante cultura de las bellas letras al constante estudio de la Religion. Dirigida su pluma por la elegancia y las riquezas que sabia sacar hasta de las fuentes profanas, llegó á juntar tantos sagrados tesoros, por el acertado uso que hizo de ellas, quantos necesita la verdad para adornarse y embellecerse.

El uso de la literatura, señores, llegaría á ser un escollo para la eloqüencia christiana si no tuviera sus reglas y sus límites. Necesario únicamente para el triunfo de la Religion, debe estar siempre sujeto á las grandes pruebas que emplean los oradores para comprobar su divinidad, explicar sus docu-

mentos y anunciar sus prohibiciones. El lujo de los adornos sirve para decorar un palacio, pero no es su basa fundamental. Por lo mismo no he querido yo separar lo que no debe estar desunido. El desear que el orador evangélico sea amigo de las letras, no es lo mismo que permitirle substituya en la cátedra de la verdad los discursos académicos á los discursos christianos. En el ministerio de la predicacion siempre se debe tener por objeto el verdadero fin á que se dirige. La Religion no debe desfigurarse con un género de eloqüencia que únicamente se encamina á hacerla respetable y creible, persuadiendo su práctica, é inspirando su amor.

En vano coronará el público con sus votos y aplausos á algunos pretendidos apóstoles que no honran los sagrados altares sino con sus profanos incienso, y hacen que estriben las eloqüentes aunque estériles producciones de su zelo en las gracias de la locucion, la delicadeza del estilo, las agudezas de la imaginacion, las reflexiones filosóficas y las flores de la literatura. Bien pueden tener ellos la habilidad de agrandar é interesar, pero no tendrán la de instruir y corregir. Podrán encantar y admirar, pero no sabrán mover, ni convencer. Oirán el confuso murmullo de las aclamaciones tributadas á la singularidad de sus talentos, pero no recogerán las preciosas lágrimas del arrepentimiento, que son las únicas que honran á un christiano discurso, porque solo ellas hacen su verdadero suceso. El arte de escribir bien no es el de bien predi-

car. Un maravilloso rasgo de catolicismo hace disimular algunas veces la falta que hay en la expresion. Pero aun quando esta sea la mas exácta y castigada, nunca suple por la falta de la Religion en los discursos que se dirigen á defenderla. Ser eloqüente sin ser christiano, es cambiar el espíritu de la eloqüencia sagrada, y profanar el uso que se hace de ella.

Tal era el sólido modo de pensar de aquel sublime y vehemente orador, criado desde luego en el santuario de las musas, familiarizado con todas las riquezas de la literatura, que por sus poesías dignas de Virgilio, Horacio y Ovidio, mereció tener al grande Corneille por traductor; y que propuesto para instruir en todo género de eloqüencia á la juventud que estaba puesta á su cuidado, la dió al propio tiempo, tanto los preceptos mas sabios, quanto los mas brillantes exemplos. La-Rue se metió entre el confuso polvo de la retórica para sembrar en la escabrosa carrera del Apostolado unas flores que la madurez de la razon supo cambiar en frutos. Aquel vivo arrodéo, aquellas imágenes parlantes, aquellos ingeniosos coloridos, aquellas elegantes expresiones y aquel estilo firme y nervioso que le dió la eloqüencia profana, lo introduxo en la sagrada para hacerla mas luminosa en los principios, mas fuerte en los razonamientos, mas interesante en las pinturas y mas rápida en los movimientos. Dió á la Religion aquella decente compostura que la conserva su antigua magestad y la presta

nuevos encantos. El literato escribe, el filósofo raciocina, el teólogo persuade, el apóstol aterra, y el orador mas eloqüente es siempre el mas christiano.

Quando sigan los hombres que se dedican á la eloqüencia christiana el camino que les señalaron Bourdaloue, Massillon, Bossuet, Flechier, Fenelon y La-Rue, se contendrán dentro de los verdaderos límites y principios de la cátedra; y así serán siempre injustamente notados de que abusan de sus talentos mostrando solamente *una estéril abundancia de términos, y una vana ostentacion de raciocinios sin objeto, ó de sentimientos sin fuerza*. Llenos de un noble deseo de corresponder á la perfeccion de los grandes modelos, darán una nueva luz á las antiguas verdades. Se formarán un género de eloqüencia correspondiente á su ingenio, imitando sin copiar, y teniendo su delicado pincel en la imitacion misma el mérito de la novedad. Los socorros que tomen del arte, se ocultarán con aquella destreza del arte mismo que se esconde al atento cuidado de los jueces mas expertos. El espíritu no afectará sus pretensiones. Jamas rehusará presentarse al descubierto, porque no tendrá vanidad en hacerlo. Recibirá la Religion de la literatura los adornos y gracias que cautivarán la mas ligera atencion. El literato quitará con su ingeniosa industria la sequedad á los preceptos y la pesadez á los razonamientos, pero conservará respetuosamente á la Religion toda su fuerza y autoridad. La ciencia, el zelo y la virtud distinguí-

guirán á los oradores christianos. Ya no se quejarán de que la sagrada eloqüencia está próxima á su ruina. Y nuestros venideros, que fixarán en el Reynado de Stanislaó la época en que empezó á brillar una Sociedad académica que reunió toda especie de ingenios, dirán asimismo, tal vez, que este monarca no ha dexado por sus luces y consejos de formar apóstoles dignos de tenerle por admirador, al paso que él mismo se atrae la admiracion del Universo.

FIN DEL TOMO QUARTO.

NOTA. Los diez Panegíricos que contiene el tomo V. son los que omitimos en la primera edicion, y publicamos posteriormente á persuasion de varios Predicadores y amigos para dar completa la Obra.